

In Memoriam Ricardo Falcón (1945-2010)

Mario Glück

Es difícil escribir una nota, sobre todo para una revista académica, referida a una personalidad con tan fuerte presencia y a quien hemos querido mucho como Ricardo Falcón. Todo texto implica una serie de decisiones. La primera es la persona gramatical, el sujeto enunciador. El “nosotros” es la más propia del lenguaje académico porque, como decía Ricardo, al usar el plural el que escribe involucra a un campo del saber, una corporación o un partido político. Descarto, en honor a su memoria una necrológica formal o un panegírico.

En el caso de elegir el plural, ¿a quién involucraría ese “nosotros”, a las ciencias sociales en general, a los historiadores en particular? ¿O quizás a sus colegas de la Facultad de Ciencia Política y RRII de la Universidad Nacional de Rosario, a sus compañeros de militancia, a quienes fuimos en distintos momentos sus discípulos, o simplemente a sus amigos? La primera persona del singular significaría hablar de mi vínculo con Ricardo, como maestro, compañero de trabajo y amigo. Esa opción sería, quizás, un gesto de egoísmo y arrogancia en una revista institucional como *Temas y Debates*, de la cual Falcón fue su primer director.

Tal vez la mejor alternativa sea partir de un nosotros amplio e inclusivo que, a riesgo de romper reglas gramaticales, se confunda con un yo inevitable y se cruce con un impersonal necesario. Ricardo Falcón como historiador, fue conocido como parte de un movimiento de renovación de los estudios sobre los sectores populares y el movimiento obrero en la Argentina. Se conocía menos por sus aportes a la historia de las ideas y a la historia política. Pero lo más importante era que sus análisis entrecruzaban lo social, lo cultural y lo ideológico, enriqueciendo el entendimiento de la política, que era en definitiva su objeto de estudio fundamental.

Así supo establecer relaciones que podían resultar a simple vista sorprendentes entre los anarquistas de finales del siglo XIX y principios del XX, la formación de la Unión Cívica Radical y el régimen oligárquico. Es que tanto la historiografía tradicional como la militante tendían a ver esos mundos políticos como unidades encapsuladas, en las que se negaba entidad a algunas de ellas o se las planteaba como simples “enemigos”.

Sin embargo, sus preocupaciones en el campo del saber también fueron las del militante que creyó posible seguir luchando por la democracia y la igualdad. Su búsqueda se inició en un lejano y brumoso pasado demoprogresista, transitando después por la militancia en Política Obrera; luego el exilio lo decidió por el camino académico. Su regreso a la Argentina marcó su consolidación en el mundo universitario; accedió a la titularidad por concurso de cuatro cátedras e ingresó al CONICET. Esto no implicó un abandono de la política; se acercó a la Unión Cívica Radical en la época de Raúl Alfonsín, al FREPASO en los '90 y en los últimos años al Partido Socialista. Vivió en este camino las contradicciones y tensiones permanentes de los intelectuales de su generación, entre el poder y el saber, el compromiso con las luchas por la igualdad y el distanciamiento del científico.

El estudio de las ciencias sociales era para él una profesión que no convenía idealizar, aunque le apasionara; era simplemente una forma de ganarse la vida con lo que le gustaba hacer. Al mismo tiempo era una militancia donde jugaba un rol fundamental la construcción colectiva. Esto incluía la organización de equipos de trabajo, la formación de nuevas generaciones y la multiplicación de los lugares de producción del conocimiento.

Es muy reciente su muerte para definir claramente un “legado”; sí puedo atestiguar que en lo inmediato se sintió su ausencia, así como se sentía su presencia en cada rincón de nuestra Facultad, y en todos los que lo conocimos. Y esa presencia eran sus escritos, que formaban parte de la bibliografía de varias cátedras; sus clases, que fascinaron o decepcionaron con la misma intensidad a más de un alumno; y el respeto con el que trataba a todos. También se hizo sentir con sus intervenciones políticas, con sus desplantes, su generosidad, su afecto sincero, el alcohol y el tabaco. Sí, sin sus excesos Falcón no hubiese sido Falcón, por más que nos doliera verlo destruirse, e imagináramos que, si se hubiese cuidado, podría haber dado mucho más desde el punto de vista intelectual. Como historiador podría decir que esa es una hipótesis contra fáctica, útil como ejercicio mental, pero que no cambia los hechos...

Ricardo Falcón, en esa síntesis contradictoria, creó su propio mito en vida, y era muy consciente de ello, y me animaría a decir que fue exitoso en su creación. Lo que resta por saber es si ese mito lo sobrevive, y si lo hace, de qué manera lo hará. Por lo pronto empezamos la tarea de construir su memoria, que como todas será selectiva y esperemos que haga énfasis en todos aquellos aspectos positivos de su forma de trabajo en las instituciones académicas.